

## **Los niños con su regalo, su imaginación, me enseñaron amar la profesión**

Guadalupe Vázquez Laguna

Maestra en Educación. Docente de Educación Primaria y docente de la Escuela Normal de Tonalá, Chiapas. gvl\_40@hotmail.com

A dos años en el servicio educativo desde mi primera experiencia en la zona selva de Chiapas en una escuela multigrado de una comunidad chol, me sentía entusiasmada, llena de optimismo, inmersa en un sueño prodigio. Los niños me formaron como una mejor docente, estaba feliz por la aventura emprendida en la docencia; con dos años de servicio. Por cambio de adscripción llegué a la región istmo-costa a la escuela primaria de organización completa, Unión y Progreso, de la colonia El progreso de Pijijiapan, Chiapas.

A mi memoria vienen los miles de recuerdos de esa escuela frente a las vías del tren, hermoso paisaje de la comunidad rural, su vegetación y la calidez de la gente del campo, huelen a hierba fresca, a maíz, a tortilla hecha a mano, a queso fresco, eso hace que el espíritu se renueve, se alimenta el alma, todos los días podía escuchar el silbato, el sonido peculiar del tren cuando entraba a la colonia, en el mismo horario, todos los días, pero siempre era una experiencia extraordinaria escucharlo, los niños corrían a la ventana para verlo pasar, como si fuera una novedad, igual me entusiasmaba apreciar esa gran máquina desliándose por los rieles.

Nos presentamos con la directora técnica, un mujer serena y tranquila, nos indicó los grupos que atenderíamos, estaría a cargo del quinto grado, después de un rápido saludo y bienvenida, algunos compañeros docentes me pusieron en alerta de cómo eran los niños según su percepción, –pon mano dura, es un grupo muy inquieto, cuidado con Leo, hay unas niñas muy listas pero altaneras–, y comentarios por demás falaz, los oí, no los escuché, necesitaba conocerlos.

Por ser nueva en el servicio estaba abierta a la posibilidad de aprender y afrontar los retos que me ayudaran a ser una mejor maes-

---

tra. Llegué al grupo y me presenté, un grupo bastante participativo e inquieto, desde la experiencia inicial he amado ese tipo de niños, los que están despiertos, los que hablan mucho, los que cantan, los que tienen mucho que decir y gritan a veces, los que se hastían de estar siempre sentados, los que reclaman de las tareas sin sentido. Así eran y me enamoré de ellos, fue amor a primera vista.

El primer día fue de conocernos un poco, los amé desde que los vi, sus rostros sonrientes e inquietos, y ahí estaba un Eliseo (el niño chol que fue mi primer maestro y me enseñó a ser docente en mis inicios en el servicio educativo) transformado en una niña: Larissa, alta, delgada con su cabello negro y largo con una gran sonrisa, con el mismo entusiasmo de Eliseo, por aprender, por proponer, con un mar de deseo de lograr muchas cosas, una niña que amaba la ciencia, pero, más extrovertida, parlanchina, con espíritu de líder, oradora y política innata. Como en toda historia estaba su antagónico, Leonel, el niño inconforme e incomprendido por la escuela, blanco, con sus cabellos rebeldes, y su sonrisa descarada cuando se burlaba de otros, odiaba la escuela, la encontraba aburrida y desfasada, con deseo de jugar siempre, le gustaba el deporte, no respetaba reglas en la búsqueda incontrolable de algo más interesante, pero sin saber cómo lograrlo, llegando a la agresividad para conseguir lo que quería, me miró fijamente mientras saludaba y abrazaba a sus compañeros, cuando nos vimos de frente, desvió la mirada y se volteó a la ventana a ver el infinito, no quiso saludarme, se hizo el desinteresado, yo lo respete. Que equivocados estaban mis compañeros, ellos eran el alma de ese grupo, líderes innatos, uno para el estudio creativo, el otro para no hacer tareas, romper toda regla, los identifiqué, esta vez ellos serían mis maestros y terminaría con mi formación profesional.

Trabajamos como un gran equipo, aprendí muchas cosas, su energía incansable, sus diálogos eternos, los aproveché en los trabajos de equipo, en los debates, en las mesas redondas, en las distribuciones de tareas, en la selección de materiales, en las participaciones orales, en poesía, en cantos y juegos. Era un maravilloso espectáculo verlos crecer, toda esa energía dirigida al logro de trabajos, proponía la tarea, comentaba el propósito y cómo podría servirle en su vida, y

llovían las ideas, en la flexibilidad de las clases, se hacían ajustes para adecuarlas a sus intereses, fue un reto interesante, verlos defender sus posturas, ayudarlos a autorregular sus emociones, Larissa manejaba un cuadernillo de notas, de la organización del grupo y la integración de equipos, guardaban sus útiles, recogían la basura, mantienen ordenados los libros de la biblioteca y limpio el salón, después de meses de trabajo arduo, llegó el momento que mi intervención disminuyó, era un grupo autónomo, verlos exponer era mágico, sus trabajos escritos eran relatos llenos de imaginación y fantasía, los experimentos en equipo se volvían un oasis de preguntas y aportaciones. Amaban la lectura, competían por quién leía más libros, los padres de familia donaban cuentos al mes, les enseñé a dibujar y pintar, eran pequeños artistas. Me sentí feliz y orgullosa, desde la puerta los observaba desenvolverse y lo único que hice fue canalizar toda esa energía, ellos ya nacieron con esa magia, sólo la frote como la lámpara maravillosa, para que el genio saliera, logré que Larissa aceptara a Leo, y ambos se respetaran, el grupo logró una inclusión perfecta, se integraron como mezcla homogénea para el logro educativo. Larissa jefa de grupo y él era el subjefe de grupo y me apoyaban en organizarlo, amé a ese niño incomprendido y maltratado por su familia. Me quedé a vivir en la comunidad y por las tardes jugábamos voleibol con algunos niños de la escuela, jóvenes de la comunidad y los pocos maestros que pernotaban en la semana.

Estuve trabajando dos ciclos escolares con el mismo grupo, aprendí a conocerlos bien y ellos a mí; su imaginación y creatividad infinita fueron de los muchos regalos que dieron a mi formación docente, los escuchaba atenta para aprender y asesorarme de su fantasía.

Un día la directora me habló con urgencia a la dirección, en la entrada de la escuela estaba el papá de Leo con un machete y gritaba molesto, porque no le permitieron la entrada, la directora asustada me explicó que el señor estaba molesto conmigo, porque según yo estaba metiendo ideas en la cabeza de su hijo sobre los derechos de los niños. Me acerqué al portón para intentar razonar con el señor René y su molestia era tanta que se negaba a escucharme, decía –usted le dice cosas a mi hijo–. De manera firme le dije que dejara de golpear a Leo y

---

que si continuaba con ese maltrato lo iba a denunciar a las autoridades correspondientes, molesto me respondió que era su padre y podía hacer lo que quisiera con su hijo.

Leo llegaba a la escuela con marcas en la espalda, brazos y muñecas, le expliqué que amaba a su hijo y deseaba que fuera un niño feliz para que no fuera un adulto amargado y frustrado, después de un rato se tranquilizó y quedamos de platicar otro día que estuviera más sereno y así fue, Leo me invitó una tarde a su casa y a pesar de su postura falocracia, juntos vimos la forma de ayudar al niño, Don René también había sufrido de maltrato severo en su niñez, no sabía cómo hacer que obedeciera, que Leo ayudara en casa, se dedicaban a hacer queso y crema. Concienticé y convencí a Leo de apoyar a su padre por las tardes, no se logró resolver todo el problema, pero prometió no volver a maltratarlo físicamente, aunque si lo siguió haciendo de forma verbal.

Ya para concluir el segundo año de trabajo con ellos, me incapacité por maternidad, me despedí de los niños, muchos lloraron, mientras me abrazaban, Leo me dio la espalda, mirando hacia la ventana como la primera vez que nos conocimos, estaba molesto porque me iba. En esos meses regresé a mi ciudad de origen.

Después de tres meses, unos días antes de concluir mi incapacidad decidí regresar a la colonia para limpiar y arreglar pendientes de la casa que rentaba y prepararme para la escuela. Ese día recibí un regalo que me acompañara por siempre en mi vida, al abrir el portón de la entrada al patio, observamos que en el suelo había un camino lleno de flores de muchas formas y colores, mi esposo se quedó admirado, cuando más caminábamos, descubrimos que junto a las flores había latas de leche, galleras, ropas y juguetes de bebe; con mi nene en los brazos empezamos a levantarlos sin entender, en la puerta de la entrada había cartas, carteles con mensajes de felicitaciones y de bienvenida, me quede perpleja, mi pequeños artistas, habían llevado esos presentes, pero eran demasiadas cosas para bebes, desde alimentos, leche, ropa, juguetes, flores, cartas, etcétera. Sabía que detrás de este recibimiento estaba Larissa, la líder nata.

Después de instalarnos fuimos a la casa de Larissa, su abuela, la señora Lala era un encanto de sabiduría, una mujer dulce, inteligente

---

como Larissa. Hablando con ella me dijo que los niños habían cooperado para mi recibimiento, que algunas mamás se habían organizado, que estuvieron esperándome hasta que oscureció y se retiraron a sus casas, que no sabían la hora de mi llegada, la mamá de Larissa acertaba con la cabeza, que los niños me extrañaban y que ya no querían al maestro interino, no me complació su repuesta y platique con Larissa para que me informara de donde habían salido tanto dinero para comprar, repitió lo de su abuela, que habían cooperado entre todos. Si algo había aprendido en estos dos años de trabajar con ellos, era que sabía cuándo mentían y cuando iba dar su gran discurso de la gran política que era, la mire firmemente, se desarmó y sonrió, me conto toda la verdad, la noticia me cayó como un relámpago en un pararrayos, si habían cooperado, pero Leo había dado la mayor cantidad de dinero, como 500 pesos de lo que su papá le pago por trabajar. Hace más de 20 años, eso era mucho dinero para un niño, me despedí y fuimos a ver a Leo a su casa.

El escenario que encontré era traumatizante, seguía una sorpresa mayor, sus padres de Leo estaban preocupados y lloraban desconsolados, su hijo no aparecía, no sabían dónde estaba, había tomado sin permiso dinero del negocio y se había ido de la casa, me comprometí a localizarlo. Porque el grupo seguramente sabría su localización, había confianza y cierta complicidad, era un grupo unido, trabajador y leal.

Había caído la noche y me fui a casa preocupada, la mente de los niños es infinita, sé que me amaban como yo a ellos, pero esta vez habían ido muy lejos y no solaparía tal acto.

A la mañana siguiente muy temprano fui a hablar con el grupo, entre abrazos y gritos de alegría me recibieron, los cuestioné sobre lo que había pasado, que me dijeran donde estaba Leonel, primero todos en silencio, Larissa se levantó y comentó del dinero que Leo les dio para completar para los regalos y, que otra parte, la tomó para irse a la ciudad de Pijijiapan, después de una larga plática; agradecí el detalle de los regalos sorpresas, pero no era necesario, y que recuperamos el dinero del papa de Leo, al principio se negaron porque también habían cooperado, le recomendé a Larissa organizarlo y de inmediato hizo comisiones para regresar las cosas donde las compraron. Me despedí al concluir la clase.

---

Nos fuimos a Pijijiapan con mi esposo, Leo me había hablado se su tía, ahí lo encontré, me abrazó como nunca lo había hecho y se puso a llorar de forma incontrolable. Me explicó el motivo de por qué se fue de casa, su papá lo había vuelto a golpear y lo había colgado de un árbol como un cristo crucificado, entre sollozos me expreso –estuve esperándola en su casa, quería verla, para abrazarla, porque no lo hice cuando se fue para despedirme porque es la única persona que me quiere–, llore con él, estaba tan vulnerable, tan solo, nos abrazamos un rato, agradecía el querer comprar esos regalos para mí y mi hijo, pero que no era necesario. –Queríamos que fuera feliz con los regalos que le llevamos– murmuro, –soy feliz, con su compañía y su sonrisa, le conteste–. Un niño no puede ser tratado de esa forma.

Lo convencí de regresar a la casa de sus padres con un acuerdo de que si volvían a lastimarlo yo lo acompañaría para que denunciará a su papá, la lección sirvió para todos, se arregló la situación y el señor René le pidió perdón a su hijo y los demás niños no lograron recuperar todo el dinero, pero si le repusieron el que Leo había tomado, fue una experiencia inaudita, como un niño en su imaginación infinita hace cosas sin medir las consecuencias por mostrar agradecimiento, amor incondicional.

El mundo de los niños, su sabiduría infantil, su imaginación y creatividad me siguen enseñando a ser maestra cada día. Ellos fueron el gran regalo en mi vida, su creatividad e imaginación, me hicieron parte de su vida y aprendí a mirar con sus ojos, aprendí que un docente no es sólo transmitir información, es conocer sus sueños, fantasía e intereses, y que la única entrada para llegar a su mente es a través de su corazón, definitivamente con ellos me gradué en la mejor escuela formadora de docente, yo no sabía ser docente, los niños me señalaron el camino y yo me dejé guiar, después de 23 años de servicio, estas experiencias han cambiado totalmente mi percepción de lo que implica ser docente, cuidar las emociones y los conocimientos son lados de la misma moneda en educación y es la clave para una mejor enseñanza, los niños me enseñaron a amar esta profesión, lo que nunca logró la escuela Normal. Soy mejor docente por ellos y para ellos.